

sino los nacionales ni ese poderoso, hacer, para un término relativamente breve período más y durante todo tiempo. Olvidar y confiar no es sólo la solución, sino todo lo contrario, hay que identificar los errores, las estrategias fallidas y a los responsables, para luego actuar en consecuencia. Eso lo dejaron a 1818 y a 1930, y hay que seguirlo.

LA INCONSCIENCIA DEL MOVIMIENTO NACIONAL

A lo largo de la historia del México independiente ha surgido un buen número de proyectos de nación, pero de ellos sólo un pudo ser logrado materialmente, el menor patriótico. El primero, el liberal, nació en madura, pero se mantuvo vigente por décadas, como también fue el caso de los dos siguientes: el revolucionario y el posrevolucionario. Sin embargo, el último de estos proyectos, el corporativo, apenas si aguantó una docena de años en su modalidad autoritaria, y ahora, en la supuestamente democrática —de 2000 a 2006—, se desmorona desde su segundo año, la crisis del último gobierno pone a la nación que aspira libertad y soberanía.

Para abordarlos con la ciencia planteada, conviene intentar una definición del concepto. Teniendo como base la experiencia histórica, un proyecto de nación es una gran propuesta de futuro voluntaria emanada por una ideología, sostenida por un partido o coalición y a la que se atribuyen posibilidades de éxito si tiene el respaldo de actores políticos clave y la aceptación de una parte sustancial de la sociedad. Se trata de un diseño de régimen político para hacer del ejercicio del poder la solución a los grandes problemas nacionales. Una formulación política plantea cuatro generales y exigentes aspectos para alcanzarlo:

• Un proyecto de nación digno de tal nombre implica necesariamente una concepción de la naturaleza humana y de la sociedad, y también, aunque no lo acepte de manera explícita, una cierta doce de etapa, de sociedad ideal; ninguna que de verdad sea grande puede funcionar sin ese elemento que impregna la imaginación y el altruismo, siempre tanques puede designarse demandando de

la realidad, y si alcanza el éxito se porque pudo seguir la idea con la real.

Es natural que en cada época histórica surgen y desaparecen miles de proyectos de nación, y eso ha sido el caso de México. La trama del proceso político de un período determinado se puede explicar plenamente como el resultado de la competencia, lucha e negociación de proyectos. Esos procesos transcurridos en varios planos el del conflicto por lograr el control efectivo de los instrumentos de poder: gobierno, medios de comunicación, etc., por un lado, y el ideológico: la disputa por la imaginación colectiva y por el apoyo social a las ideas, al partido o grupo que las presenta como su plataforma, y a los individuos que conforman su liderazgo, por el otro.

En principio, cualquier proyecto de nación es una construcción ideológica que tiene su origen en las ideas políticas y sus elementos más intelectuales. Entender hasta qué punto, por qué y cómo las ideas y los valores de un proyecto específico logran penetrar y ser aceptados por sectores sociales más amplios es una tarea principal de investigación. En ocasiones su ligaje con una clase o grupo social puede resultar relativamente evidente, pero lo normal es la complejidad con proyectos relativamente sólidos —algún lo es totalmente— donde ver el origen o el resultado de competencias entre personalidades, grupos, regímenes y clases con intereses contrarios. Especialmente en países periféricos como México, los proyectos de nación suelen tener una incalculable dimensión internacional, pues el nacionalismo y el papel de la o las potencias que actúan en la región son también parte de su componente.

Si se desea examinar el proceso político del México independiente desde la perspectiva del diseño o predominio de este tipo de proyectos, una pregunta puede ser la siguiente. El origen del primer de gran éxito puede establecer como resultado de la independencia, a partir de 1821, unas visiones alternativas de futuro de las élites en una sociedad que aún carecía de los elementos básicos para ser una nación. Como resultado de la independencia surgieron los proyectos monárquico y repúblicano (y sus antecedentes coloniales), que fueron evolucionando y trasladándose con el tiempo

que se federalizó y centralizó los más caudados cauces de carácter financiero separatista, particularmente en Yucatán, tanto entre los Hacienda como entre ciertos grupos mayas), para finalmente desembocar, a mediados del siglo XX, en una disputa entre conservadores y liberales dentro de una misma que seguía sin cauce.

Al final vencieron los liberales —desde el liberalismo, primero, de Benito Juárez y posteriormente, de Porfirio Díaz— quienes lograron articular y poner en marcha un proyecto de nación que pretendía la modernización material de Méjico sin una ruptura del arreglo colonial mediante la desvinculación de las corporaciones, la creación del Estado latente, la apertura al capital y el comercio extranjeros, y la sanitización, en lo prietario, de los principios democráticos de la Constitución de 1917 por un autoritarismo paternalista.

Al inicio del siglo XX, la sorpresiva desvinculación del liberalismo monetario por un levantamiento popular dio lugar, sobre la marcha, a la formulación de un segundo gran proyecto: el de la Revolución mexicana, que buscaba combinar modernización material con justicia social, es decir, la incorporación subordinada de las masas —indígenas, campesinas, trabajadoras urbanas y clases medias— al régimen que se iniciaba. El nuevo proyecto de nación, constituido en la Constitución de 1917, buscó un mayor peso de los políticos sociales, especialmente la reforma agraria, y una ampliación de la independencia relativa de Méjico: la «expansión» petroférica, junto con una modernización del nuevo autoritarismo y la creación de un partido de Estado corporativo: CDE, CEM, CRME.

Una vez agotado el reformismo cardenista, se presentó una variante: la fusión fue la industrialización basada en una burguesía que explotara un mercado interno protegido, la economía económica del Estado encabezada por una presidencia sin límites constitucionales efectivos, más una independencia relativa frente a Estados Unidos. El acento en la justicia social se difuminó, no así la retórica populista.

El “nacionalismo revolucionario” nació con la crisis de 1982 pero no tardó en surgir su sustituto: el neoliberalismo autoritario. La parte sustancial del nuevo proyecto, encabezado por Carlos Salinas, fue el abandono de la modernización material basada en la

economía protegida y la independencia relativa. Es visible, al dijo, en recaudar las señales del mercado, privatizar y abrirse la globalización vía la integración económica a Estados Unidos mediante la firma del TLCAN, en 1993. El objeto y la promesa fueron introducidos a Méjico en un tiempo muy corto al selecto grupo de los gurúes: no entendían del nuevo orden mundial, y sin mucha reflexión el país ingresó en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

El proyecto de nación del neoliberalismo autoritario —presentado sin planes— fracasó y tuvo como desarrollo, entre 1997 y 2000, la derrota del PRI y la transición a la democracia política. Sin embargo, el corolario de la variante del nuevo proyecto, el neoliberalismo democrático encabezado por el PAN, también podría rápidamente verse atípica, esa seleccionada ya no con el rápido ascenso de Méjico a la categoría de país económicamente desarrollado, sino de país democrático, algo que nunca habrá sido pero que se propone ser. El retorno del PRI al poder se inició con el llamado Punto por Méjico que, en 96 puntos y con el apoyo de los tres grandes partidos, promovió avivarse el proyecto neoliberal.²⁷

La democracia se presentó al inicio del siglo XXI como algo compatible con un desarrollo material aceptable —en el entendimiento inicialmente presentado—, pero acompañado de fuertes instituciones legales que hicieran posible alcanzar, por fin, el Estado de derecho —la congruencia entre lo legal y la real—, para lo cual se pondría fin a las alianzas prácticas corruptas, a la era que los mercados se transformaron de sólidos en chiscales.

El neoliberalismo democrático no resistió el choque electoral de la derrota con la izquierda. Ante el riesgo de perder las elecciones de 2006 frente a Morena, la derrota que resultó en las del año 2000 ejemplificó el espíritu de la competencia y presentó a su adversario, no como un señor legítimo, sino como “un peligro para Méjico” al que habría que cerrarle la posibilidad de iniciar la gobernabilidad a como dijese lugar. Fue así el trago con la confianza en las recién formadas instituciones electorales. Por otra parte el viejo partido autoritario resurgió como un aliado inofendible, pero indepen-

sable, del nuevo punto, y al combatir a la corrupción, como se ha mencionado arriba, nunca se dio. La dinámica de poderes dentro político y el norteamericano y la imperialista llevaron al país al terreno de la impotencia global. Finalmente, el movimiento ecuestre, fundado en el periodo, nació para mediar y desde 2008 fue víctima de la crisis del mercado global.

Méjico ha llegado así a un tiempo donde el poder se ejerce sin proyecto. Los oponentes de impunidad ejercen una alternativa pero, al contrario el camino a la presidencia en dos elecciones consecutivas, ha caído en un aparente conflicto interno que, al momento, lo ha desechado más allá del poder. Poco, por visible muestra, può ser un gran proyecto que desplante la impotencia? Sin la ausencia de una utopía, de un proyecto de nación, tenemos un problema mayor.

SOMERASIA

Política exterior

Cada quien proyecta nacional tiene en su política exterior un componente fundamental, pues se basa en la soberanía, en decir, la capacidad de manejar de manera efectiva "el monopolio en la fuerza de decisión". Para comprender la naturaleza actual de nuestra soberanía, un buen punto de partida es el análisis que hace hace más tiempo atrás Mario Ojeda en *Alfonsos y límites de la política exterior de Méjico*¹ y ver en qué medida, y por qué razones, ha cambiado su cuestión. La obra es una radiografía de la relación de Méjico en la época "victoriosa" del primer con la gran potencia hegemónica vecina Estados Unidos.

La segunda Guerra Mundial es la consolidación del siglo americano. En Méjico y una buena parte de América Latina esta influencia de Estados Unidos fue resultado de su fuerza económica combinada con la disminución del contrapeso europeo. Dicha confrontación y la Cámara Peña implementó consolidaron una estabilización del horizonte internacional.

Hoy la estrategia de poder internacional radica en disposar de una nueva identidad nómada. El nuevo siglo ya no será "americano", sino el inicio del mundo postnorteamericano, donde Estados Unidos se mantendrá por un tiempo largo como la mayor potencia pero ya no como el centro ideológico del cual se organiza y gobiernan el resto del mundo.² Esto por verse que tan postnorteamericano va a resultar el mundo para Méjico, qué tan dispuesta está en clase dirigente a explorar nuevas posibilidades e inventar y abordar su dependencia de las decisiones estadounidenses.

La visión del régimen prima de la política exterior partió de aceptar lo obvio que Estados Unidos, por su condición de potencia hegemonicista, constituye las posibilidades de un espacio internacional donde Méjico, pudiera actuar con independencia. Es claro que todas las relaciones de Méjico con otras naciones no pueden tener un valor intrínseco, sino que siempre transcurran por ser una relación indirecta con Estados Unidos. Los países más distantes de ese dominio se tienen al examinar los vínculos de nuestro país con otros que se concentran en situación de conflicto con Washington: Guatemala en los comunistas, Cuba a partir de los asesinos, Chile en la época de Salvador Allende y la Centroamérica en revolución en los ochenta. En todos estos casos, Méjico actuó dentro de acuerdo con el significado materialista de los procesos en esos países y mucho más en función de la posición de Washington en su contra y de la medida en que esa reserva podía afectar la base de la política exterior mexicana, basada en los principios de su intervención y autoritarismo. El valor de estos principios para el nacionismo autoritario se explica por su carácter de instrumento fundamental de la clase política para no ver distorsionadas sus espacios institucionales de manejados por la potencia norteamericana.

Porque la influencia de Estados Unidos se tenía como la gran condición y límite de la relación de Méjico con su entorno exterior, los movimientos en ese espacio quedaron condicionados por tres factores: a) las circunstancias y coyunturas específicas del sistema internacional; b) las élites internas de poder; el régimen político, el económico y el desempeño de las instituciones, y c) la

situación (o falta de ella) y la estrategia de los dirigentes para conservar a aquel país.

Las debilidades históricas del Estado mexicano y la abrumadora presencia norteamericana han hecho muy evidente el carácter relativo de nuestra soberanía. Ojeda argumentó muy bien la esencia de ese problema al señalar que:

Estados Unidos invierte y acepta la necesidad de México a distancia de la política norteamericana en todo aquello que le resulte desfavorable a México; aunque para los Estados Unidos sea importante, no sea fundamental. A cambio de ello México brinda su cooperación en todo aquello que sea fundamental o sea importante para los Estados Unidos, no lo es para el país.¹¹

Dos elementos explican, cuando los trato, los tristes del panorama político en su respuesta por sostener una independencia relativa. Por un lado, las bajas políticas. La unidad de los principales actores en torno a una presidencia autoritaria y sin contrapeso hace que la política exterior se formulase y se pusiese en práctica sin importancia significativa. Además, ese presidente, por ser presidente de autoridad interna y blindaje contra la "penetración comunista", y al estar cultivo por el resto de la formalidad democrática: elecciones sin contenido pero puntuales, cumplir con el interés norteamericano en la Guerra Fría. Para Estados Unidos peores cosas podían ser más seguras y predecibles que el proceso político mexicano.

El fin de la Guerra Fría modificó las condiciones que permitieron a México una especie de "dispensas" para desear en muchos no fundamentales para Washington. Y ya sin la "amenaza comunista", el gobierno de Estados Unidos, sus medios de difusión e incluso su academia dejaron de sentirse obligados a sostener la estabilidad autoritaria del sistema político-mexicano. Por ellos, el levantamiento armado zapata de enero de 1994, por ejemplo, no derivó en acciones intervencionistas de Washington, como había ocurrido tanto en Centroamérica. Ese cambio internacional permitió al gober-

nio de Carlos Salinas de Gortari recorrer a una medida tan impopular como radicalmente retrocedente a fondo la relación México-Estados Unidos y renunciar al modelo de independencia económica basado en el mercado interno para sustituirlo por el ruso.

Al inicio lo siguió el cambio de régimen en el 2000, caracterizada, entre otras cosas, por gobiernos sin mayoría legislativa y sin autoridad blanca en torno a las reglas del ejercicio del poder. El carácter autoritario del antiguo régimen fue reemplazado por un fuerte disenso que abrió, entre otras cosas, la formulación y el ejercicio de la política exterior.

En el último decenio del siglo XX el mundo pasó de la bipolaridad comunismo-occidente a la unipolaridad encabezada por unos Estados Unidos que ostentaban confianza en su proyecto. Sin embargo, el nuevo sistema se vio sometido a una dinámica de cambios muy rápida, hasta llegar a la actual situación, en la que Estados Unidos ya no es el gran organizador de la geopolítica global.

Las transformaciones globales en el sistema internacional e interestatal de México han alterado la forma y el contenido de su política exterior. Para la expansión de impunidad, la blanqueo y el transversalismo de un campo de independiente frente a Estados Unidos se consideró como una legítima. Sin embargo, por lo que se ve, dentro de lo que es el objetivo real de los grupos gobernantes mexicanos, si del contrario, que posteriormente haber profundizado la soberanía con Estados Unidos como la mejor vía para volver a lograr descentrarse a una economía que desde 1992 tiene un comportamiento caótico.

Vicente Fox intentó restituir la relación con Estados Unidos para consolidar la integración económica a la economía de este mediante la legalización de un viejo desafío: la migración indocumentada. A cambio, coloqué abiertamente su política exterior a las prioridades norteamericanas, empatando por Cuba. Las contradicciones de intereses dentro de Estados Unidos y su presencia en la lucha contra el terrorismo hicieron que la propuesta resultase forzada marginada y terminara en un sonido frustado.

Los objetivos y medios empleados por México durante la época "víctima" de su autoritarismo lo llevaron a conseguir una de las im-

dependencias relativas más notables en América Latina frente a la potencia hegemónica. Sin embargo, la respuesta demócrática local parecía haber devuelto su soberanía ya el empieza por apuntular ese marge de independencia frente a Estados Unidos, como si lo estuviera haciendo Brasil, por ejemplo.

La oposición de impunidad muestra como definición de la soberanía —y de su proyecto nacional— la distancia en una mayor distancia política frente a Estados Unidos. La soberanía en el poder —igual también, tanto la saliente como la pasiva— acaba poniendo distancia esa distancia con la potencia vecina, en aras de una mayor integración económica con ella como la vía para hacer más eficiente la estructura productiva. Sobre el tiempo y la actividad —por actividad o omisión— de la mayoría decidida cumple a ser el constitutivo de la soberanía verdadera. Hay alcoba integración en una amplia arquitectura que difumina nuestra política exterior y nuestra proyección nacional.

En consecuencia, lo cual acusa no gasta a algunos aquí, en el siglo XXI el nacionalismo es un factor determinante en los países que están manejando el tránsito del mundo postnorteamericano, encabezado por Estados Unidos, pero también China, Rusia, Japón, la India e Irán, entre otros. Y esto no lo afirma sin implicar una filología del "nacionalismo revolucionario", cosa cosa de los ideólogos más comprometidos de la derecha conservadora y coludidores del "Proyecto para el Nuevo Siglo Americano".¹⁴ Robert Kagan.¹⁵

Sin lo que ese autor norteamericano llama la ambición nacional y que otros preferirían denominar el proyecto nacional, pero que en cualquier caso es parte central de los nacionalismos contemporáneos, es difícil explicar la política imperial norteamericana, la doble encrucijada entre contra la OTAN o la instauración de Irán en el centro del "Gran Sudeste" con su proyecto nuclear. De acuerdo con Kagan, para los norteamericanos "la esencia de su pensamiento histórico viene estreñamente ligada de manera inextricable a la idea de la supremacía global de su nación".¹⁶ Desde su origen, y en su relación con el mundo exterior, Estados Unidos busca no sólo su seguridad y nuevas oportunidades económicas, sino también imponer a los demás su

predominio político y económico. Como cualquier superpotencia, el norteamericano es muy celoso de su propia autoestimación, pero Washington, cuando ve la posiblidad y le ha consentido, sin importarle que contradiga sus principios, ha llamado la autoestimación de estos. Su triunfo sobre la URSS y el advenimiento de la globalización no han disminuido en nada la ambición norteamericana de dominio.

En buena medida, la historia del México independiente ha incluido la lucha que ha tenido como resultado de ese enfrentamiento no bursátil con la ambición nacional más poderosa y exitosa de los últimos siglos: la estadounidense. Y aunque no queremos, como los estatutos formular a seguir defendiendo en función de nuestra relación conflictiva con la gran potencia del norte.

Ahora bien, en este campo hay tenemos un problema: la clase o grupo que supuestamente está a cargo de formular y dirigir el proyecto nacional mexicano no parece saber exactamente qué dirección tomar en la relación con Estados Unidos. De más, ese grupo o clase gobernante que ha apilado por un camino que una parte de la sociedad no está dispuesta a seguir, y el resultado es que crean su propia "ambición nacional"造る de definición o construcción, mientras que la norteamericana se reafirma, lo que nos deja más dependientes que con el pasado de las decisiones y los procesos de allende al Díaz y tienen ambiciones de lo que ya tienen por naciones de nostra debilidad revolucionaria, de la geopolítica y de la historia.

Aunque en el 2000 se pensó que México entraba en la etapa del gran cambio democrático, cuyas consecuencias benéficas se reflejaron en todos los óvalos de nuestra vida colectiva, la realidad resulta otra. Un poco tiempo se pudo comprender que el cambio no fue tan marcado, ni tan positivo. Y en que caso no hay diferencia entre los intereses que representaban Carlos Salinas y Ernesto Zedillo al final del primero y los de Vicente Fox y Felipe Calderón al inicio, hoy intercambiados, del panista. Ahora bien, el resto parece de gobernar no fue igual que el que lo antecedió, sino más propicio a una relación débil y tensa entre gobierno e Iglesia, entre gobernante y gran empresa privada y en general, más abierta y

francamente de derecha que el conservadismo anticubano. Despues de todo, la u del PnJ liga a ese periodo a un periodo revolucionario, pero la u del 1960 no tiene ninguna referencia especifica en nuestra historia. Y ese contrapunto de estos se vio reflejado en la politica frente a Estados Unidos.

Al principio de su mandato, PnJ elevó el tono en la relación con Estados Unidos teniendo una de las mejores oportunidades de establecer cambios sustanciales, ya que en la política interna no le sería posible ganar mayoría de mayoría en el Congreso. Y no hay que olvidar que en ese campo su anterior mandato fue notablemente exitoso en su "boom demócrata" y en una cierta solidaridad entre los dos países. PnJ no quería a engañar con Washington antes de anunciar en la propia Casa Blanca que Madero exigía a la superpotencia la "neutralidad completa" en el caso de los traidores americanos—una legislación que legalizara su presencia—en Estados Unidos. A continuación de integrar de nuevo a la matriz de otros americanos que él hace ya era parte de la comunidad norteamericana, PnJ respondió a cambiar la política americana hacia Cuba y a limitar el uso de los poderes que aún quedaba del racionalismo norteamericano. La idea era apoyar la política internacional de George W. Bush en términos y estilos no muy diferentes de los que ya había adoptado el gobierno español de José María Aznar.

Como sabemos, al final Estados Unidos no cumplió la agenda de PnJ, y en una coyuntura tan peligrosa como inesperada —el punto de la invasión de Irak— fue no pudo hacer efectivo el apoyo incondicional a Washington. En efecto, Madero era miembro del Consejo de Seguridad de la cosa cuando esa invasión se encarceló bajo una gran presión de Estados Unidos para que respaldara la decisión de atacar contra Irak. Sin embargo el apoyo americano suficiente para cambiar la histórica posición americana respecto del principio de la no intervención consistió de un país en los armados de otro. PnJ, muy en contra de lo que habían creído, tomó que adoptar una estrategia en que tuviera una posición propia del viejo racionalismo tradicional y sobre todo de Estados Unidos, aunque en compensación blusa que después todos lo sabían del



George Bush desechó la agenda bilateral que le proponía Vicente Fox para aprovechar la oportunidad que le daban Estados Unidos —la invasión iraquí— para presentar a un mundo cauteloso la superioridad de los servicios de inteligencia norteamericanos sobre México.

diplomático mexicano que había simbolizado la resistencia al dirigente norteamericano Adolfo Aguilar Zinser.

Cárdenas decidió volver al centro intelectual por su antecesor para redefinir la relación mexicana de cara a Estados Unidos, pero ya no por la vía de los trabajadores industrializados, sino, forzado por las circunstancias, siguiendo lo que a partir de septiembre de 2001 estuvo en el centro de la agenda regional norteamericana con respecto que el colapso en el centro de la propia ciudad el momento en que asesinaron el poder: la lucha contra las organizaciones del narcotráfico. Nuevas acciones e impunidad han puesto al descubierto la corrupción e ineficiencia de los órganos de seguridad del Estado.

La llamada Iniciativa Mérida que Calderón propuso a Bush en 2007 ya no correspondió a la Casa Blanca. A diferencia de Fox, Calderón ha negado más veces de asistir, sea bien que el público sólo conozca una parte. Sin embargo, el acuerdo propuso que Washington ayudara en represión al gobierno de México para que diera, a lo largo de tres años, un sólido equipo sofisticado y sus soldados y policías fueran entrenados para enfrentar con éxito al enemigo común: el crimen organizado y también, posibles terroristas que pudieran aliarse con los cartels de la droga. Desde el inicio la Iniciativa Mérida, también llamada Plan Mérida por ciertas similitudes con el Plan Colombia, implicó la supervisión norteamericana no sólo sobre policías y militares mexicanos, sino además sobre el sistema de justicia, para estar seguro de que la corrupción y la impunidad no volvieran a ocurrir por falta el estímulos—incluyendo el caso del general Guillermo Rabold).

Sin embargo, este esfuerzo de Calderón por unir de manera institucional su agenda con la de Estados Unidos más allá del final del mandato de Bush se vino abajo—al menos temporalmente—porque el Congreso norteamericano autorizó y luego denegó nuevamente el racionalismo de una leyenda que desde el principio ya estaba malentendida. Los legisladores del sur se oponían al gobierno mexicano porque—en una área donde tradicionalmente se incluyó—y el de todos los amercianos—ha sido pobre, corrupto y derechos humanos. Tan débil demanda—elogio gober-

no de algo a otro a cambio de nada—hizo que Calderón, como Fox en su momento, fuera objeto la crítica interna que vio en la Iniciativa Mérida una puerta a la intervención norteamericana en asuntos internos.

En suma, ante las inevitables exigencias del racionalismo estadounidense, dos gobiernos mexicanos vieron obligados por integrar más al país al proyecto norteamericano se vieron obligados a dar marcha atrás en dos puntos que amenazaban la integración, porque no podían ofrecer algo alternativo que remplazara al racionalismo tradicional en términos de la “identidad nacional”. En su anuncio, el gobierno de Peña Nieto no puso el acento en la internacional y en la medida en que lo abordó en una corta entrevista con el presidente norteamericano, no ofreció nada que marcara diferencia con su antecesor.

La derecha grande

Por tanto tiempo ya, para especializarse a partir de la desintegración de la Unión Soviética, la derecha norteamericana ha sido la fuerza política dominante en su país y, en gran medida, en el sistema internacional. Para los años ochenta, la mayoría de los partidos conservadores del mundo habían asumido como propios los valores y la agenda de su correlato estadounidense. Sin embargo, en 2008 esa derecha invitada en Washington—la derecha grande—quedó varada en una crisis como resultado del estrepitoso fracaso en su conducción de la política interna y externa. A causa de la derrota del Partido Republicano en las elecciones de ese año, todas las formas conservadoras del planeta, incluidas las europeas, se vieron elevadas de alguna forma.

Dicho el inicio de la sola nacional, la derecha mexicana —la blanca que la impulsa— ha dependido, hasta cierto punto, de sus corresponsables extranjeros. La liga de intelectos conservadores con el exterior ha sido básicamente de carácter ideológico y político, pero por lo que hace a intereses mercantiles, los tiene de sobre.

No hay una definición universalmente aceptada de derecha —ni de izquierda—, pero en la práctica puede ser identificada sin gran dificultad. Una identificación depende básicamente del contenido de la política que los actores políticos tienen sobre temas que protegen los derechos de propiedad, la política fiscal, laboral, social o de redistribución, el intervencionismo del Estado, la privatización, el nacionalismo, los derechos humanos o de las minorías, la religiosidad pública, etc. En cualquier caso, derecha se identifica con quien posee más obstantes al cambio social —valores constante dura en la tradición—, menor acuerdo en la obediencia y en las normas de autoridad, y menor uso en la participación.

En el siglo XX, todos los gobiernos norteamericanos hicieron de la lucha contra el comunismo una causa central. Sin embargo, dentro de ese conservadurismo había diferencias notables, al punto de que tiene sentido hablar de una "izquierda dentro de la derecha", al igual que en la Rusa soviética se habló de una "derecha" dentro del comunismo. Así, el presidente imperialista Theodore Roosevelt (1901-1909) se enfrentó a los monopolios petroleros y tabacaleros, y poco después Woodrow Wilson (1913-1920) y su "Nueva Liberalidad" tuvieron rugos populistas. Más tarde, la administración de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), con su "Nuevo Trigo", tomó las bases para una política financieramente popular que le permitió ganar la Segunda Guerra Mundial, disminuir las grandes diferencias de ingreso entre las clases sociales y dar carta de naturalización al Estado beneficiario. La historia reciente no pudo ser dividida por los gobiernos conservadores de Dwight Eisenhower (1953-1961), Richard Nixon (1969-1974) y Gerald Ford (1974-1977). Sin embargo, a partir de los años ochenta las cosas cambiaron, y muchísimas.

Con el presidente Ronald Reagan (1981-1989) quiso finalmente establecer plenamente la visión republicana más conservadora, altamente devota, en la Casa Blanca. Fue también durante su mandato cuando Estados Unidos gozó definitivamente la Guerra Fría y, un par de años después, en 1991, la propia Unión Soviética desapareció. El surgimiento de los demócratas encabezados por William Clinton (1993-2001) solo sirvió para que los liberales insti-

tuieran "conservadurismos", dedicándose ya al optimismo y apoyando con sus principios y respuestas, preparando el suelo ya no al poder, sino al círculo intelectual. Hizo un supuesto "fin de la historia" (fueron Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1992), la derecha norteamericana quiso esperar que el triunfo de la democracia liberal y del mercado (neoliberalismo) sobre el socialismo sea significativo también que el proceso político de la humanidad había llegado a su meta. Desde esa perspectiva, el siglo XXI ya sólo iba a significar el perfeccionamiento y la expansión de los elementos centrales del sistema político norteamericano.

El triunfo de George W. Bush, y del número dos presidente Richard Cheney, en las elecciones de 2000, no fue el inicio de la contracción del largo dominio del conservadurismo norteamericano, sino de la crisis para la derecha grande. El principio del fin del proyecto euroconservador duró casi en el intento de Estados Unidos, como fuerza, como resultado del fracaso en su intento de sofocar la extensión política del Medio Oriente, punto de partida de un ambicioso proyecto imperial de alcance global, mediante la invasión de Iraq.

La invasión de Iraq, acción unilateral en exceso de los norteamericanos conservadores, fue plasmada bajo el supuesto de que era legítima, viable y de poco costo para la Unión Supergigante introducir en cualquier parte de la periferia la democracia liberal desde arriba y desde arriba, incluso en regiones que nunca la habían experimentado. La acción se justificó formalmente con argumentos que desde el inicio eran falsos, como la alianza de la dictadura iraquí de Bagdad con el extremismo religioso islámico de Al Qaeda y la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq, para que muy pocas democracias se desconfiadas faltara la voz que la revolución iraquí resultó más fuerte de lo esperado. El disenso norteamericano en interpretación fue tan grande como la soberbia imperial que lo fabricó, porque se oyeron lo han pagado menos los norteamericanos y más, mucho más, los iraquíes.

Dentro de Estados Unidos, el proyecto social de la derecha se trajo en el dominio de los grupos de interés y en un convencimien-

to de la distancia entre las clases populares y medias, por un lado, y los "altos ricos". La memoria beneficiada por una política fiscal desfavorablemente inequitativa, por el otro. Como resultado, el gánster que separa a los privilegiados del resto de la sociedad es tan grande hoy como el que existía hace un siglo. Y para completar el cuadro, hoy queremos la irresponsabilidad de la política crediticia y el fracaso de la "magia-del-mercado". El efecto en los créditos hipotecarios acaba con la bonanza en la industria de la construcción, golpea el sistema del sistema bancario, llena el resto de crecimiento de la economía y lleva a Estados Unidos —y a otros países, el miedo entre ellos, a más receso. Así, no extraña que una encuesta de opinión en Estados Unidos (*New York Journal-Live*) de 2008 muestra que solo para 10% de los estadounidenses su país merecía bien.¹¹

Las elecciones legislativas de hace cuatro años y el proceso para elegir al nuevo senador de Georgia Al Hunt precipitaron la crisis del Partido Republicano, el armario vital de la derecha neoyorquina. Los republicanos más conservadores implementaron medidas unificadoras claras y visibles, el senador John McCain, por ejemplo, que habría sido viable, no pertenecía entonces al nublo-clase de la élite. En el Partido Republicano se dila la derecha, no solo ideológica, sino del gran proyecto de hacer al mundo a imagen y semejanza, y eso produce divisiones y desacralización. Dentro de los filos republicanos, tanto algunos liberales como algunos radicales sorprenden haber salido y están bien de vista con las premisas y principios de la mayoría neoyorquina.¹²

«Ciertos republicanos, como David Frum, proponían como alternativa un "conservatorismo suave", dedicado a responder a las demandas y necesidades de la clase media, de los que no tienen segura misión, que hacen hoy la agenda de los ecologistas a la vez que concierten la defensa de sus posiciones tradicionales —ta reclamo al aborto, por ejemplo— con un tono más moderado, evitando más de la premisa que de la creencia. Es fin, que esa corriente sea la salida en una especie de pragmatización de la derecha»¹³.

Los pensamientos políticos de 2008 en Estados Unidos, el nido de la derecha grande, finalmente consideran que la derecha prepara

(entendida) de la periferia, como la mexicana, perdieron espacio y confianza, al menos en el planteo ideológico. Lealtad y lealtadistas —un efecto siempre temprano, y el tiempo hace pagar un precio alto a quienes les ha tocado permanecer en el lugar de los perdedores en el reparto de costos y beneficios del establecimiento—, aún sin lugar, ese friso que habría sido deseable.

Poder

Si hay un indicador que hoy puede resumir la diferencia más sustancial entre derecha e izquierda en materia de política económica —y también exterior, así como en la idea misma de país—, sea el periodico. Desde 1928, y durante más de cuarenta décadas, la impresa derecha y fuerte del gobierno pudo sostener una política proteísta nacionalista, pero a sala de la crisis económica de 1982 se abrió un periodo de indefinición que ya se ha prolongado durante un cuarto de siglo. Todo indica que se aproxima el momento de una redefinición.

En 2008 se anunció en el Congreso que las fuentes de la deuda estaban decididas a llevar a cabo su reforma energética ese mismo año.¹⁴ Podría una izquierda minoritaria y dividida convencer la aprobación de una deuda que servía desde el poder, apoyada por poderosos intereses económicos nacionales e internacionales? Al finalizar 2007 el periodico *La Jiribilla* había publicado una serie de artículos relacionados con el proyecto de reforma energética del gobierno de Felipe Calderón y una parte del año. En realidad, poco de lo allí expuesto era nuevo, pero recordó bien lo esencial de una idea que desde hace tiempo han impulsado ciertos partidos y economistas internacionales y que, en general, ha sido aceptada y adoptada por quienes controlan el poder político nacional y por sus aliados de la élite económica.

Más, desde la perspectiva de los círculos, Prever es una empresa en quiebra, pero sus patrones son mayores que sus actores. Y esto, a pesar de que la medida meritoria de deportación salva los círcos. Ahora

por laerr.²³ Una quinta es el punto de partida de la derecha para exigir la intervención del capital privado en la industria que ha sido el del nacionalismo revolucionario. Y en que los varios problemas de la mayor parcialidad mexicana son muy malos y de difícil solución. La presión privatizadora desata los altos costos de privatización, que a su vez son resultado de una combinación de ineptitud administrativa y una corrupción correspondiente a las que no hace nulla alguna el supuesto adoramiento de la democracia política en el 2000; en este sentido, como en tantos otros, el no y el no han resultado iguales.

Además, la falta de inversión hace que Peña no tenga la capacidad de reformar lo que el país requiere y por ello se impone garantizar un crecimiento económico. Para colmo, de cara al agotamiento de la principal fuente de crecimiento, Chomper, no se han hecho los inversiones necesarias para explotar y explorar nuevos yacimientos. Hoy por hoy, Peña no tiene capacidad para operar en las aguas profundas donde, se supone, están los depósitos del futuro. Así las cosas, las reservas actuales de hidrocarburos están lejos de ser las adecuadas. La lista de desastres que vienen de cerca a los promotores de un cambio en las reglas del juego petrolero a favor de la privatización puede alargarse.

Dando esta perspectiva, para México no hay más salida que abrir la actividad petrolera al gran capital nacional e internacional para invertir recursos, tecnología y eficiencia administrativa, con cambios de urgencia, a la explotación del petróleo mexicano. De igual modo, los anterior, según esa visión, el resultado sería una industria regida por las leyes del mercado global, lo que aseguraría mayor productividad y eficiencia, y un golpe desequilibrador a su antigua corrupción e ineptitud.

En esta etapa inicial, la derecha no pide que Peña mismo desaparezca, simplemente que empiece a perder importancia relativa en parte de sus actividades cuando no se admite la intervención privada, nacional y extranjera, como forma de capitalizar a la empresa y ponerla en contacto con la economía de pocos. La privatización central de este espíritu amiguo que el comunismo, interno y ex-

terior, lleva el principal beneficiario y los demás perjudicados incluidos los que deben serlo: un sindicato abierto, una administración que no vale lo que se le paga y unos mexicanos y extranjeros con apoyos políticos que ganan millones a costa de explotar a Peña.

Los fondos del cardenalismo parten de estos supuestos históricos e ideológicos para instalar en sustento el petróleo y su industrialización como sector exclusivo del sector público. El destino histórico, señala este propósito fue el beneficio que dejó a Méjico el petróleo en manos de las empresas extranjeras donde que daban licencias año de pertenencia al final del Porfiriato hasta que fueron expropiadas en 1938.

En cuanto al tema de la privatización como antidote a la corrupción no es necesario recurrir a los orígenes de la Standard Oil ni recordar que el saldo temporal hasta topase con el caso de la empresa Exxon en Estados Unidos, el ejemplo reciente más conocido de que la corrupción en las grandes empresas privadas del ramo energético puede ser tan fuerte y abusiva como la que es. Por otro lado, la estatización de firmas como la Statoil de Noruega es una muestra clara de que la empresa petrolera pública puede ser más eficiente y transparente como la mejor.

Otro argumento central es que, en un país con pocas fuentes de energía, la explotación del petróleo, un recurso natural no renovable, no debe dejarse a merced de la oferta y la demanda del mercado mundial, una área donde invetiblemente Méjico es actor marginal, más ligado al proyecto nacional. Por su parte, ese proyecto debe tener el petróleo, recursos estratégicos, como un pilar. Por lo que se refiere al elemento ideológico, casi nula, la ingenua historia que la existencia de un recurso natural corresponde al conjunto de la nación y que ese patrimonio siempre debe maximizarse en función no sólo de un tipo de desarrollo económico equitativo —importante al que se opone la lógica del mercado—, sino también de un futuro en que los hidrocarburos ya se hayan agotado y sea necesario una fuente alternativa de energía.

Desde luego, la respuesta recibe la situación crítica de Peña, pero su propuesta es que el gobierno federal deje de depen-

der de los recursos disponibles para financieros entre 30 y 40% de su gasto corriente; que se lleva a cabo una revalidez tributaria fiscal, y que se dejó a Pemex con sus enormes ganancias —que el fisco le quita la mitad de sus ingresos— en el pago de su liquidación enero-diciembre y en la retroactividad que impone para mantener su viabilidad económica.

Finalmente está el elemento nacionalista. Un país relativamente débil, víctima de la crisis más profunda del planeta, necesita mantener el control que con tanto esfuerzo logró en el pasado sobre su recurso estratégico más importante, si quiere seguir teniendo sentido como país soberano.

Siguiendo las ideas hasta ahora, el punto de partida del cambio en la política petrolera que propone la oposición sería premiar al capital privado en rentabilidades y dividendos, y, sobre todo, la�orma de "común riesgo" con empresas extranjeras para la explotación y explotación de nuevos yacimientos, algo no es un colapso nuevo, ya se intentó en el pasado, en la década de 1940 y 1950, pero finalmente no prosperó porque la fuerza sindicalista era más fuerte. Hoy no.

Una vez concluida la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos presionó para que las autoridades que México solía tener al Banco Central a una modificación de la legislación mexicana para lograr el manejo del capital extranjero a la industria petrolera. Lo mismo hizo la Shell cuando negoció con Miguel Alemán su independencia por la expropiación en 1938; adquirió una sólida mayoría paga, a cambio de un retorno a México. La presión fue tal que el gobierno terminó por suscribir entonces varias "vacantes de riesgo" con empresas multinacionales, para asegurar de ellas importantes. Por eso, en contra de lo que dice, el primer Reino Mexicano al frente de Pemex lo encendió. Tardaría una década hacer a un lado la sombra de Lázaro Cárdenas.

A raíz de la gran crisis de 1982 renació la posibilidad para privatizar la industria petrolera. El triunfo del neoliberalismo, anulado el incremento en los precios del crudo y la necesidad monetarista de costar más flujos fiscales y seguros de petróleo, creó el escenario en el que hoy nos encontramos. La posibilidad de la devolu-

ción es aprovechar la crisis de Pemex para introducir cambios en la Constitución misma, aunque la medida se confrontaría con cambios en las leyes reglamentarias. Y todo esto basado en el nacionalismo agresivo de nuestro poderoso vecino del norte, factor que hoy impone el tono y el sentido del proceso político internacional.

Del resultado de la lucha en torno al petróleo va a depender no sólo la naturaleza de la relación derecha-izquierda, sino también la del proyecto nacional e incluso de la idea misma de nación.

FACTORES DEPENDENCIALES

Las discusiones hacia el cuarto —sin respeto a las reglas formales— que han tenido lugar en el seno del Partido de la Revolución Democrática (prd) en diferentes momentos de su historia, constatación de observaciones internas que desbaratan su propia institucionalidad, se han visto otra cosa que la confirmación de la persistencia de una gran fuerza interna-compleja que mantiene dividida y que, finalmente, las tendencias derrotadas de 2006 y 2012 —esta vez— que buscan —agudizadas al punto de desembocar en una crisis compleja.

Con ser el más espectacular en su génesis, el problema general del reto, y en particular, el que sufrió hace cuatro años, no es una excepción, sino la regla dominante del actual sistema político mexicano, donde todos los partidos se caracterizan por dicha profundidad, donde los tres grandes —Prc, Partido Revolucionario Institucional (pri) y Partido Acción Nacional (pan)— hasta los propios y devidos cambios. En estas condiciones, no es de extrañar que el supuesto cambio de régimen en el 2006 no haya sido lo que se suponía y que en la práctica el país se mantenga a flote a solo a los altos impuestos de la renta petrolera, pero sin disociación real, sin una economía blanca, al goce.

Si el prd, que en dos ocasiones estuvo a un paso de llegar al poder, en un desastre, la muestra en las otras dos grandes partidos

en apenes diferentes. El triunfo del no en 2012 no se debió a que fuese perdedor de un proyecto de futuro —en cuestión sigue siendo el oportunismo—, sino a las incoherencias del no como partido gobernante. Por décadas ese partido se presentó como la oposición del no, pero lo hace un alaño irremediable. A cambio de su apoyo al no en momentos críticos —el desafío de Andrés Manuel López Obrador o el reconocimiento de la creaciónista victoria de Felipe Calderón—, los priistas hicieron que desde el gobierno fluyeran los recursos petróleos hacia un gobernado por urbanos de su fiabilidad, donde Mario Marín y Ulises Ruiz (Puebla y Chiapas) fueron casos extremos, para no citarlos, de iniquidad.

Por generaciones los priistas vistieron márgenes, y sólo la particularidad del salinismo hace posible que en 1982 se le reconvierta a ese partido en primer triunfo estatal: Baja California. Por entonces, y bajo la batuta de un personaje que es la antítesis de Manuel Gómez Morín Diéguez Fernández de Cárdenas, que el no gobernara, aunque pese cuando se constituyó su filio con la presidencia, el partido fue marginado. En efecto, Baja prefirió gobernar con personajes tan inoperantes como su esposa, cosa no gobernante como Francisco Gál Díaz y Jorge G. Castañeda, con priistas de cuello muy encorvado como Santiago Cerezo de plazo con priistas como Elba Esther Gordillo. El resultado final fue un desastre para el supuesto proyecto democristiano del norte, y del país, y pese a que ese partido se quedó con Los Pinos en 2006, su espíritu original se desmoronó.

Márgenes al partido que con frecuencia se constituye en el centro de la democracia. Si esto se presenta como el garrote de la inequidad, pese en la realidad su efectivo está dirigido más bien a la conservación de sus grandes riquezas —la discriminación de la insoportable desigualdad mexicana y una democracia que realmente da voz a las mayoría sociables— y más a una lucida intuición que es poco ideológica y mucha más el subidón y los gusanos burocráticos dentro y fuera del periodo.

Y qué decir de los partidos pequeños. Sin las disensiones efectivas, estos partidos de un solo tema, como los “verdes”, hacen una cierta descripción fuera de proporciones al interés colectivo. Sin embargo,

en el caso mexicano, la característica central de los minoritarios es el oportunismo. Su objetivo básico es conseguir el registro y luego perdurar para vivir del subsidio del no o de quienes quieran financiarlos, como es el caso del Partido Nueva Alianza, cuya fundación es la pedrería maestra Gómez.

Las circunstancias políticas tan poco presentadoras en que nos encontramos se reflejan por una falta en cuestiones libres, la economía, la cultura social, la cooperación internacional, pero sobre todo, los partidos políticos. Baja en éstos han quedado de un granísimo impago social. Por mencionar, una organización oligopólica y no democrática, como bien lo denunció Robert Michels en su obra clásica. Los partidos políticos (1911). Sin embargo, esos entes no son indispensables e ineliminables como organizaciones de la clase gobernante, y como articulación y congregación de los contradictorios intereses de las sociedades modernas. Ya en 1790 James Madison había advertido que los partidos serían inevitables y que su funcionamiento entre los ciudadanos, y también inclusivos, difundidas de intereses —tales o semejantes— presentes en cualquier sociedad. Para este político judío y patriota de Virginia, cofundador de la nación norteamericana y su cuarto presidente, esa分歧性 de intereses y su expresión partidista podían ser fructífera, pero a condición de que fueran responsables y sagaces legaron un equilibrio estable de la diversidad social con el fin de mantener la unidad nacional.

Los partidos políticos modernos nacieron en Estados Unidos y luego pasaron a Europa como una forma náufraga para organizar a los clanes de cara a las elecciones. Pronto se vio que lo supuesto por el sistema Michels, el equilibrio como resultado de la acción de los partidos, no era algo automático. Hasta el punto, en 1860 los miembros numerarios del Partido Demócrata no aceptaron la posición de sus religiosos serviles respecto de la esclavitud; el partido se dividía, dando por el triunfo del Partido Republicano y, en poco tiempo, a una gran guerra civil.

En su origen, los partidos políticos fueron organizaciones muy ligeras, reparto de clubes de notables que se agrupaban a segundas

de la élite con propósitos electorales. Con el transcurso del tiempo, ésta que surge va corriendo los partidos de massas, que organizan a obreros y a campesinos y buscan en el mismo la forma de materializar la ventaja ideológica de los díces. Más tarde, otros partidos de massas dejarán de pensar en las elecciones como la mejor vía para disminuir el poder y se transformarán en revolucionarios. Finalmente, al final las situaciones revolucionarias configuran al triunfo integrante, nacieron partidos comunistas o autoritarios, cuya objetivo ya no fue competir por la vía electoral, sino robar y establecer el poder organizando a la élite gubernativa y sus bases sociales en función de la permanencia. Esta situación fue justamente la que recibió en México con la apertura, en 1929, del Partido Nacional Revolucionario, creado desde el gobierno por la facción victoriosa de la Revolución mexicana y que finalmente dio nacimiento Revolucionaria Institucional.

La notable estabilidad política mexicana posterior a 1920 (dicha estabilidad en que hubo un cambio violento de gobierno) fue resultado de la existencia de un partido de Estado y de elecciones parcialmente formales, que no servían para elegir, sino apenas para confirmar. En estos condiciones, donde se originó el parente del gobernante, el río, fue antidependiente. El parente de la derecha, al río, vivió mejor que ninguno otro del poder y no tuvo la oportunidad de ni siquiera considerar suficientes su número y calidad para cuando la llegara la oportunidad de manejar la responsabilidad de gobernar. Por eso, en el 2006 quienes ganaron y asumieron el poder fueron los neopopulistas.

Dentro su apariencia como formación de izquierda, el río fue tratado con distacia por el gobierno; constante de sus militantes perjudicar la vida en la etapa formativa, y pronto se hizo patente que el río y el río habían decidido permitirle sólo un acceso limitado al poder, reservándole en el Congreso y en los estados, pero nunca a escala nacional. El resultado ha sido, entre otros, la agudización de la división interna original de ese partido, para la coherencia autoritaria y radicalizaciones obvias, directamente con la radical —que en el periodo 2006-2011 quedó desplazada de Andrés Manuel López Obrador y su “gobierno legítimo”—, que instauró en su 10-

obras a la validez del resultado de la elección de 2006, y cuestionó la legitimidad de la forma como el río obtuvo su mayoría relativa en 2012. Al inicio de 2013, resulta por tanto si el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena, encabezado por AMLO) se transformará en partido y abra una nueva posibilidad para las fuerzas de izquierda en México.

Al inicio de este siglo, México parecía encaminarse al encuentro exitoso con su tiempo político previsto, pero, como se analizó arriba, no fue el caso. Hoy, el sistema de partidos en su conjunta está dissociado de la sociedad, no la representan. Como el río y el río no evolucionaron, posiblemente el resto del río, un paralelo hecho para otra época. Y lo peor de todo es que en seguida del río ya no significa ninguna diferencia sustancial con lo ocurrido durante los primeros años finales del siglo XX.

Notas

¹ Méjico 2011, [60].

² Madrid, Cátedra, 2006.

³ [Op. en una sampl.] Madrid, Alianza, 1997.

⁴ Véase el juicio de Julio Torre, en su libro, *Méjico, sobre lo que la guerra de Independencia desató en el Río y sus implicaciones negativas para el futuro de Méjico en esa circunstancia donde debió competir con Estados Unidos*.

⁵ Civilization, 250-500 and de Alex, Londres, Allen Lane, 2011.

⁶ El sistema político mexicano, Méjico, Josépí Méjico, p. 14.

⁷ Méjico e América, 2010.

⁸ “Eradication and Authoritarian Regimes”, en Paul L. Garrett y Nelson W. Pobell (eds.), *Handbook of Authoritarian Regimes*, vol. II, Routledge, Nueva York, 1993, pp. 175-200.

⁹ Chomsky, *Movements of the 1960s: Dissent Association*, vol. II, entre 2, mencionadas más arriba.

¹⁰ Texas, University of Arizona Press, 1988.

¹¹ López Red, Méjico, 1993.

¹² Barcelona, Prentsa, 1973.

¹³ *The Future of Freedom: Liberal Democracy at Risk and Abroad*, Phoenix/Nueva York, 2004.

¹⁴ “The Big Zero”, The New York Times, 27 de diciembre de 2009.

- 11. 11. Gómez, 17 de enero de 2010.
- «What Does the World Bank Depend on?» www.worldbank.org/what-we-do/our-work/regions-and-themes/region-specific-topics/2012/12/17/what-does-the-world-bank-depend-on.
- México. El Colegio de México, 1996.
- Pérez Farías Zárate, The Free American Model. Nueva York, Norton, 2006.
- Méjico. Oficina de la política exterior de México, México, El Colegio de México, 1996, p. 73.
- The Roots of History and the End of Justice. Nueva York, Random, 2008.
- Ibid., p. 83.
- William James Pomeroy y Richard Lowry, "The Union Truth", *National Review*, 10 de noviembre de 2007.
- Crudo por Michael Tomasky, *The New York Review of Books*, 17 de enero de 2008.
- Rykoff, 17 de enero de 2008.
- Date de agosto y septiembre de 2012.

CAPÍTULO I

II estados del Estado

Una visión del proceso político dominante en la Grecia clásica nos enseña que una sociedad, en condiciones adecuadas, podía evolucionar de una organización imperfecta del poder a una mejor, si las élites alcanzaran la perfección —por ejemplo, trasladar de la tiranía a la auténtica monarquía, donde la carnicería era el inspirio de la justicia—, pero no aspirar a mantenerse así. Tanto o más tarde, las inevitables contradicciones en su seno se desembocarían hacia retroceso en factores que llevarían a la decadencia, y el ciclo volvería a iniciarse. Las cosas podrían ser peores: algunas sociedades simplemente no podrían dejar de aspirar a dirigirse temporalmente de una "Iudad de Cleo" política. Basan esa concepción que intenta alcanzar la ética y siempre reviven en la mediocridad del llano. Por lo que toca a los griegos, en la evolución de cualquier régimen político no habría final feliz posible, sino, simplemente, unos cuantos malos que muera. La idea de la tragedia permeó toda la visión griega, incluyendo la política. Y en ahí donde se encuentra el origen de nuestra ciencia política.

Aquel visto así tienen las consideraciones anteriores para nosotros los norteamericanos? Hemos, sin ser conscientes, construido la democracia alguna vez algo parecido a una "Iudad de Cleo" política y luego decadente, o sencillamente nunca llegamos siquiera a alcanzar una cierta dignidad en nuestro desarrollo institucional? Algunas personas consideran que ciertas civilizaciones mesoamericanas al viven recordados de grandeza antes de su caída: los mayas, los toltecas, los purépechas o, de acuerdo con la definición de uno indi-